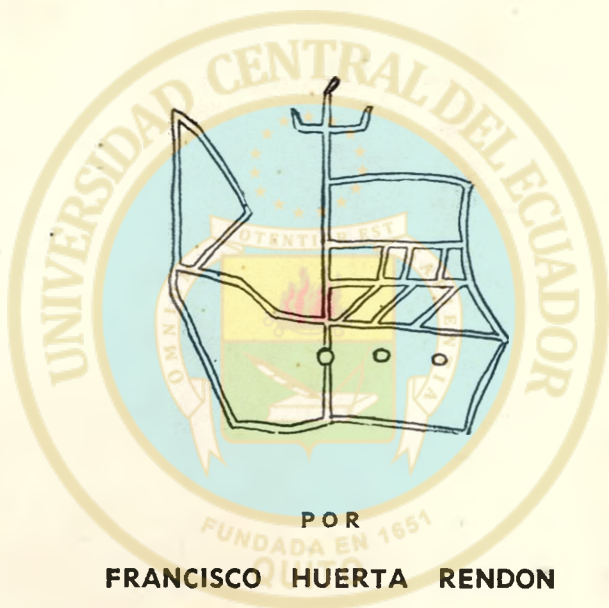


UN PESO DE RED, EXTRAORDINARIO,
DE LA
COSTA DEL GUAYAS



POR
FRANCISCO HUERTA RENDON

Separata de "Cuadernos de Historia y Arqueología", de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.— Vol. X.— Nº 27.

GUAYAQUIL — ECUADOR

1965



**Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons:
Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas, 3.0 Ecuador
(<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/ec/>). Se permite la reproducción total o parcial y la
comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidades comerciales y siempre que se
reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.**



UN PESO DE RED, EXTRAORDINARIO, DE LA COSTA DEL GUAYAS



FRANCISCO HUERTA RENDON

Separata de "Cuadernos de Historia y Arqueología", de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.— Vol. X.— Nº 27.

GUAYAQUIL — ECUADOR

1965

Un Peso de Red, Extraordinario, de la Costa del Guayas

“El indio antiguo, hoy, es más sangre que espíritu; el **nuevo indio** debe ser más espíritu que sangre. Porque indígena es el hombre que **crea** en la tierra y no sólo el que **procrea**”.

J. URIEL GARCIA.

(De “El Nuevo Indio”).

Escribe: **Francisco Huerta R.,**
Director del Museo de Arqueología de la
Universidad de Guayaquil.

ARQUEOLOGIA Y ARTE

Creemos, con Ricardo Rojas y, sobre todo, con el brillante autor de “Redescubrimiento de América en el Arte”, Angel Guido, que a nuestro continente le falta completar su segunda emancipación, la espiritual, la estética, y que ella sólo será posible partiendo del conocimiento, profundo, del arte de nuestras culturas precolombinas.

Decimos conocimiento, no continuísmo, ni mucho menos “rearqueologismo”; un conocimiento que permita a los artistas de hoy, utilizar la fuerza que emana del pasado, en tanto que impulso telúrico, permitiéndoles seguir las huellas, superándolas y revitalizándolas, de nuestros aborígenes, en un movimiento creador que tiene ya como pioneros, para citar un ejemplo, a los muralistas mexicanos del presente.

Por esto nunca han sido, para nosotros, los restos de carácter plástico de las civilizaciones precolombinas, aún los encontrados bajo severas especificaciones técnicas de trabajo de campo, solo rígidos cuadros estratigráficos, curvas de porcentajes de tiestos, tabulaciones de materiales diversos, sino, por sobre toda otra consideración, expresiones del espíritu de otros hombres, de seres que son nuestros antepasados, a quienes impulsó la religión, la magia, el temor o, en ciertas etapas, aquello que se denomina el juego del arte.

Somos, por supuesto, un producto de la civilización occidental; por centurias se nos ha enseñado a emocionarnos ante cualquier expresión plástica de las culturas llamadas "clásicas", por poca importancia que tengan, y ello está bien en tanto que integración ecuménica dentro de lo humano; pero, lastimosamente, cuan pocos son todavía los americanos —no quisimos escribir ecuatorianos— que, luego de pasmarse de asombro ante las ruinas de un acueducto romano, o frente a una columna jónica que desafía a los siglos, son capaces de comprender la grandiosidad de las pirámides de Teotihuacán o el nido de cóndores que es Machu Picchu.

Quizá por ello escogimos, como tema para el homenaje que, en esta edición de CUADERNOS DE HISTORIA Y ARQUEOLOGIA, se le rinde a Emilio Estrada Ycaza, la descripción de un modesto peso de red, de la costa del Guayas, pero en el cual un indígena, en el ocaso irremediable de la cultura de su pueblo, nos dejó, como un postrer destello de su vitalidad artística, la imagen de dos embarcaciones europeas, captadas con una síntesis lineal que recuerda los trabajos de ciertos dibujantes japoneses de antaño.

PESOS DE RED

Pesos de red ("sinkers") se encuentran en todas las culturas del litoral. Aparecen tan temprano como desde Valdivia (Véase Evans, Meggers y Estrada, 1959: "Cultura Valdivia", publicación N° 6, del Museo Víctor Emilio Estrada), y prosiguen hasta las culturas de INTEGRACION, abundando en ellas (Véase Bushnell, 1951: "The Archeology of the Santa Elena Peninsula", y Estrada, 1957: "Los Huancavilcas" etc.).

Sus formas son variadas, desde una piedra toscamente tallada, rectangularmente, con una ranura en el centro para asegurar

la cuerda que la une a la red, hasta los que semejan un gran cigarro, perfectamente pulimentado, perforado en uno de sus extremos para poder colgarlo de la red y lograr que esta se hunda durante las faenas de pesca.

Sólo con las piezas del "Museo de Arqueología de la Universidad de Guayaquil", sumadas a las de nuestra colección, hemos podido establecer CATORCE tipos, claramente diferenciados por su configuración y por el material de que están hechos.

La piedra, por su peso es, lógicamente, el material preferido; se emplean calizas, cuarcitas, areniscas, esquistos, horstenos etc.

Los pesos de red, opinan los autores de "Cultura Valdivia", pudieron emplearse para redes (de fibras vegetales, como la denominada Rampida o Paja Toquilla, "Carludovica palmata", con ciertas partes de la cual, hemos podido establecer, nosotros, todavía se elaboran jarcias para la pesca en el litoral del Guayas), o para sumergir cordeles con anzuelos que, fabricados de conchas de moluscos, se encuentran desde la cultura Valdivia a la Manteña, o sea de la más antigua a la más reciente en la zona costera.

Los montubios (habitantes mestizos del interior de la cuenca del Guayas) emplean, para los mismos fines, el Sapán "Muntin-gia Calaburu L", que produce cuerdas más fuertes que las de cabuya o pita (Véase M. Acosta Solís, 1944: "Nuevas Contribuciones al Conocimiento de la Provincia de Esmeraldas").

Pero el cambio, insistimos, no fue brusco, ni mucho menos total, como lo prueban el peso de red que estamos describiendo (en uso, seguramente, hasta fines del siglo XVI o principios del XVII); muchas costumbres mortuorias y, dentro del campo de la pesca, la supervivencia de la estólica, lanzador, propulsor, disparador o tiradera (que con todos éstos nombres la describen arqueólogos y etnólogos), que con el específico de "atl-atl" o "atlatl" encontraron los conquistadores españoles entre los aztecas.

La invención de ésta arma, que prolongando la longitud del brazo permite aumentar el efecto de palanca del mismo, parece ser un producto de la capacidad de los hombres del magdalenien-se medio europeo, unos 20.000 años antes de Cristo, debiendo haber llegado a América (de acuerdo con los postulados de la escue-

la DIFUSIONISTA, todavía en polémica con los que sostienen que esto no excluye la teoría de las IDEAS ELEMENTALES o de la EVOLUCION PROPIA E INDEPENDIENTE) del "Centro Derivado Indonesio".

Es interesante consultar al respecto a la eminente paletnóloga italiana Pía Laviosa Zambotti, que en su libro "Origen y Difusión de la Civilización" —edición en español de 1959— llevada de un verdadero fanatismo difusionista escribe: "la cultura amerindia, **secundaria y anquilosada**", llegando al extremo, acorralada por los hechos, al tratar de la metalurgia americana, de conceder que: "No está excluido que pudiera surgir independientemente de influjos externos, a causa de la confluencia de fenómenos varios: ante todo la existencia de ricos yacimientos de cobre y de oro". ¡Por supuesto! Las dos teorías, para nosotros, no se oponen, sino, antes bien, se complementan.

Es cierto que el difusionismo gana terreno, día a día, pero no es menos cierto también, en lo que a nuestra América respecta, que si nos encontramos ante complejos culturales de origen externo, posteriormente, roto el ciclo de los grandes movimientos de emigración del viejo mundo, los contactos con sus civilizaciones, las culturas amerindias evolucionaron INDEPENDIENTEMENTE en muchos aspectos, superando en algunos (el cómputo del tiempo por ejemplo), a las culturas europeas del momento de la conquista; véase, entre otros muchos autores, a Sylvanus G. Morley, 1947: "La Civilización Maya".

Insistiendo sobre los propulsores, por razones obvias, señalemos que, en nuestros días, en ciertas zonas de la cuenca del Guayas, se pesca con estólica, así como en Australia algunas tribus, verdaderos fósiles vivientes, la siguen empleando, junto con sus "bumerangs", como si el tiempo hubiese detenido su marcha.

En la arqueología ecuatoriana es frecuente, en las excavaciones, la presencia de los "ganchos" o "apoyos" de las tiraderas (en la cultura Guangala se las trabaja en concha y, en ocasiones, con mucho arte); de piedra, y también muy hermosos, son algunos "apoyos" de las provincias de Cañar, Azuay y Cotopaxi.

Las citas podrían multiplicarse. Esperamos que el tema oriente a los etnógrafos y folkloristas, a un metódico estudio del mismo.

Y habiéndonos apartado, por fuerza mayor, del tema básico, volvamos al mismo, confiando en que nuestros lectores no habrán considerado tiempo perdido las acotaciones hechas.

Siguen, en orden de abundancia, los “pesos de red” fabricados de caracoles de mar, entre los que pueden identificarse los hechos con “*Strombus Galeatus*” y “*Strombus Peruvianus*” (A. Myra Keen, 1960: “Sea Shells of Tropical West America”).

También los hay de barro cocido (especialmente en el interior de la cuenca del Guayas, seguramente por razones ecológicas); son de forma oblonga, con cuatro agujeros —dos en cada extremo— y les sirvieron a Estrada y Betty Meggers, como una de las pruebas de su “Complejo de formas de probable origen transpacífico en la costa del Ecuador” (Estrada y Meggers, 1961: “American Anthropologist” Vol. 63, Nº 5).

La civilización traída por el hombre blanco, en aculturaciones progresivas, fue eliminando las técnicas indígenas, lentamente, en algunas regiones; en otras todavía sobreviven, insistimos, igual que en el remoto pasado.

Los pesos de red de piedra, concha, o barro cocido, cedieron el campo a los de plomo en todo el litoral.

NUESTRO EJEMPLAR

Fue encontrado por el caballero Lorenzo Molina, aficionado, como todo hombre culto, a la prehistoria, en la Península de Santa Elena, en los terrenos de “Villa Milina”, entre “Santa Rosa” y “La Carolina”, o sea en la costa Norte de la Península (Véase HOJA CT. MV. A3, editada por el Servicio Geográfico Militar del Ecuador, en Enero de 1963), quien nos lo cedió para su estudio.

Sobre la superficie del terreno, o a pequeña profundidad, aparecen los restos de la cultura manteña última, la denominada por Emilio Estrada, de los “huancavilcas o manteños del Sur”, por

considerarla, con toda razón, una simple metástasis del centro irradiante de Manta (Manabí), pero asociados con objetos de manufactura europea, tales como cuentas de vidrio, medallas de santos, fragmentos de cerámica vidriada (loza) etc.

En la visita que hicimos al lugar, acompañados de nuestro buen amigo el Sr. Lorenzo Molina, pudimos establecer que la cultura indígena estaba en plena decadencia, notándose hasta la pérdida de técnicas ornamentales que sirven de elementos diagnósticos en las fases tempranas.

Como trágica señal de impotencia, y de respeto a los antepasados, encontramos un fragmento de vasija tricolor, del período Guangala, al cual se le habían pulido los bordes, dándole una forma triangular, con dos perforaciones en la base, para emplearlo como colgante, como un adorno que ellos ya no podían confeccionar!!

El peso de red estaba enterrado a unos veinte centímetros de la superficie, entre fragmentos de cerámica manteña, cuentas de conchas ("mullus"), y cuentas de vidrio españolas.

Es de una piedra arenisca, de grano muy fino, suave, color ladrillo cocido, de un peso de 460 gramos (justamente una libra), y en perfecto estado de conservación.

Mide $13\frac{1}{2}$ ctms. de altura, por $7\frac{1}{2}$ de ancho mayor; el espesor varía de 28 a 20 milímetros, y el agujero de la parte superior (véanse las fotos) tiene un centímetros de diámetro por 28 milímetros de profundidad.

Dos muescas profundas, en los costados, hacen recordar las hachas de garganta incompleta del período Milagro-Quevedo o Las Tolas; deben haber servido para fijar mejor la cuerda que, pasando por el agujero, la unía al contorno de la red.

Es muy semejante a otros pesos de red encontrados en el litoral del Guayas, pero lo avalora, de modo especialísimo, el tener grabadas, en ambas caras, el dibujo de dos naves europeas.

La profundidad de las líneas es de uno a un y medio milímetros, por una anchura igual; el instrumento que se empleó ha sido

un punzón o buril de cobre (cuya utilización por las gentes de esta cultura es sobrado conocida), sin que esto excluya la posibilidad de que se haya utilizado un buril de piedra dura, horsteno o calcedonia, que se encontraban sobre la superficie, en relativa abundancia, hasta hace unos diez años, como pruebas de la industria lítica de los aborígenes.

Una de las naves (véase la lámina primera) es una carabela (navegaron hasta principios del siglo XVII), y el indígena, en breves líneas, fijó para la posteridad la silueta del extraño barco que contemplaban sus ojos.

Lo consideramos un documento inapreciable en la iconografía naval del Ecuador. (¿Hay otro de igual antigüedad en América?) y en la historia del arte en general.

En el otro lado del peso de red (véase la lámina segunda), hay grabada otro tipo de embarcación; un falucho, también a velas, que no podemos identificar; se observan, claramente, el ancla y el timón.

En la lámina tercera, que copia las dos embarcaciones en igual dimensión a la que fueran grabadas, se aprecian mejor las dotes de observación, la capacidad de síntesis de este anónimo cholo pescador de Santa Elena; de este amerindio cuyos antepasados navegaron en balsas, de una maniobrabilidad que admiró a los marinos europeos, a lo largo de la costa del Pacífico, aventurándose hasta el distante archipiélago de las Galápagos; cuyos míticos progenitores, aquellos que se pierden en la bruma de los siglos, los que llegaron de Asia, de Indonesia, de Polinesia, levantaron los templos de Mitla, la ciudad de los muertos; tallaron las cabezas gigantescas de los Olmecas; edificaron los templos de Chichén Itzá pintando los murales de Bonampak; esculpieron las sillas de piedra únicas en el mundo, de los cerros de Manabí; crearon Chan-chán, Pachacamac, y la Puerta del Sol de Tiahuanaco; convirtieron el oro y la plata, en el Perú, en el Ecuador, y en Colombia en obras de arte que asombraron, por su belleza, al pintor alemán Alberto Durero, uno de los genios del Renacimiento.

No, no fue la cultura de América "secundaria y anquilosada"; ella responde a factores ecológicos que debió superar; a las barreras de aislamiento surgidas cuando el nomadismo ya no te-

nía razón de ser en otros continentes; a las condiciones, singularísimas, en que llegaron las primeras oleadas humanas; al truncamiento, brutal, de su evolución, por la conquista.

¿Anquilosada una cultura, secundaria una cultura, cuyos poetas escribían versos como el fragmento que vamos a copiar, tomándolo de la “Historia de la Literatura Náhuatl”, de Angel Garibay, editada en 1953-1954?

¿A dónde vamos, ay, a dónde vamos?

¿Estamos allá muertos, o vivimos aún?

¿Otra vez viene allí el existir?

¿Otra vez el gozar del Dador de la vida?

Por esto nos alegramos, profundamente —y no tratamos de ocultarlo— ofreciendo una prueba más de la capacidad estética de un hombre de América, de un ecuatoriano que, cuando todo agonizaba en su contorno, cuando habían muerto sus dioses y sus guías, con un buril de piedra era todavía capaz, en unas cuantas líneas, de legarnos su interpretación de “las casas flotantes” en que arribaron “los blancos barbudos” que venían a cumplir milenarias profecías.

Si, debemos insistir, aún mucha gente —y gente culta— del viejo mundo, no nos comprenden; ni siquiera conocen las revelaciones arqueológicas de cada hora que pasa, ni la belleza que surge de tumbas, templos o ciudades en ruinas.

¡Todavía les falta descubrir América!



Lámina I.— El Peso de Red encontrado en la Península de Santa Elena, provincia del Guayas. Obsérvese la silueta de la carabela trazada sobre una de sus caras.





Lámina II.— La otra cara del peso de red de Santa Elena. También se le ha grabado la silueta de una embarcación de la cual destaca el ancla.





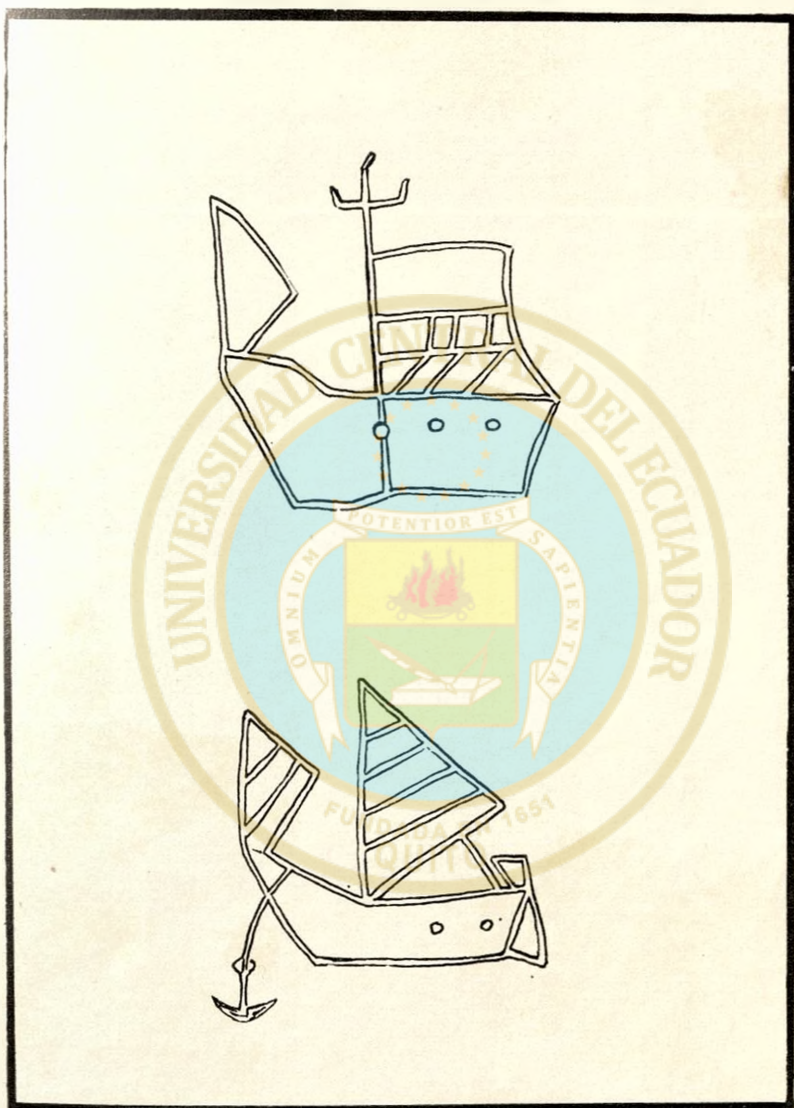


Lámina III.— Dibujo, en tamaño natural, de las naves grabadas en el peso de red. Sorprende la capacidad de síntesis del anónimo artista que nos legara tan extraordinario y, hasta hoy, único documento en la iconografía ecuatoriana de los siglos XVI o XVII.

MUSEO ETNOGRAFICO

Nº Inscr.

Ubic. topogr.

BIBLIOTECA





